

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 511-517.

## Mario Benedetti (1920)

Como alguna vez el autor de esta noticia tuvo oportunidad de señalar, en una generación literaria de gran ductilidad de expresiones, ha sido Mario Benedetti el más completo, el más variadamente apto de ella, en todo lo que tiene que ver con la multiplicidad de maneras que un escritor puede digitar. Porque — enumérese — cuentista y novelista es, pero también comediógrafo y poeta, ensayista y crítico literario y cinematográfico, y periodista, y humorista y hasta, en ocasiones, comentarista deportivo. Y aunque toda la producción de Benedetti no haya llegado al libro (la periodística, por ejemplo, es crecientemente amplia), ¿hay muchos que puedan enfilear cinco volúmenes de poesía, tres de cuentos, dos novelas, tres tomos de obras teatrales, uno de notas humorísticas y cuatro de críticas y ensayo? Y todavía, como recién se dijo, todo lo que de él queda en LA MAÑANA, en EL DIARIO, en TRIBUNA POPULAR, en NÚMERO y en MARCHA y hasta en la inicial MARGINALIA (1948-1949). Buena parte de esto último tiene que ver naturalmente con una labor profesional: la literatura y el periodismo de nivel literario no es pura afición para Benedetti, ni “segunda profesión”, sino primerísimo aunque complementable medio de vivir. De sus libros, por más que varios de ellos le hayan representado una retribución sustantiva, es difícil decir, por lo menos globalmente, lo mismo. Y como Benedetti no es un grafómano de los de tipo espontáneo y todo lo que sale de sus manos sale cuidado; como no es un aspirante (de los muchos que hay) a esa clase de “fama” pugnada por acumulación de obras; como no vive en un país donde aún a los mejores les saquen los libros de las manos ni se viva de dejárselo hacer, su persistencia, su abundancia, poseen un sentido muy particular y en el que valdría la pena entrar con interés y escrupulosidad de juicio.

Importando aquí su obra de tipo ensayístico es claro que sólo en ciertas zonas hay que rastrear y ellas son su contribución a MARCHA y a NÚMERO, sus tres volúmenes de estudios críticos: “Peripeca y novela”, “Marcel Proust”, “Literatura uruguaya. Siglo XX”; y, sobre todo: “El país de la cola de paja” (1960). Realizado, sin embargo, este deslinde, es posible advertir lo mucho que tiene de falso. Porque Benedetti, más que casi todos los escritores nuestros, es el creador y habitador de un “mundo” determinado y al que todo, para que tenga sentido, debe imputarse.

Se ha dicho repetidas veces que ese “mundo” es el de la pequeña clase media, siempre urbana y sobre todo empleada, su “habitat” imaginativo y vital sin duda natural y el único, posiblemente, sobre el que ninguna “documentación”, al modo zoliano, necesite. Calado hasta sus últimos

significados, y enfatizando un poco, podría observarse que es un mundo de finitud, de inmanencia individual extremada a veces hasta lo irrespirable, no rondado sino por los valores de la insatisfacción económica y sexual, el odio a la rutina del trabajo, el temor a la vejez, la soledad, la muerte y un como resentimiento genérico a la vida. Un mundo en el que sólo se abren los escapes fugaces del amor y más que nada del sexo, del arte (un arte marcado por todos estos trazos) o los menos sustanciales aún, los más costosos, de algún exceso posible.

De la vulgaridad de este mundo se ha hablado. Hay que decir también: su poderosa, vital vulgaridad, originada en ser el de la aplastante mayoría de las gentes y poseer así, la capacidad de comunicarse, de identificarse, casi pegajosamente, con el lector eventual (lo que explica, en buena parte, la receptiva audiencia que Benedetti tiene). Dígase también – usando la palabra y su sinónimo sin la menor displicencia peyorativa – que su final “ordinariedad”, por más que recreada con técnicas de gran fineza y distinción, es susceptible en ocasiones de contagiar peligrosamente a quien lo maneja. Esto, sin embargo, no es lo general, y, suficientemente habilitado de “distancia estética”, Benedetti es capaz de verter sobre su universo esa mirada que es su seña; una mirada en tono menor, inquisitiva y educada, con reprimidos transportes de ternura y súbitas llamaradas de poesía.

Si a la escritura que la fija se atiende, hay que volver, empero, a que ella se mueve en el filo peligroso de no hallarse lo bastante lejos de su materia como para ser inmune a sus meteoros ni lo bastante cerca como para que la crasa sustancia, absorbiéndolo feliz, maternalmente, no lo privara de medios de expresión que, por su nivel estilístico (salvo casos de recreación deliberada como el admirable “Puntero izquierdo”), le están vedados. Estos no son (por más que pudiera pensarse), el “vulgarismo”, que maneja con tanta eficacia como conciencia literaria y sus otros dones: brío, transparencia, ingenio, invención verbal que tan sostenidamente despliega. Aún más: cuando se atienden a ciertos temas o a ciertas reflexiones de Benedetti se es compelido como nunca a recordar la verdad, tan olvidada, que si alguien es escritor no es por decir ciertas cosas sino por decirlas de cierta manera.

A ese mundo y a estas maneras es imputable y referible el ensayismo de Benedetti que no es, en verdad, más que la vía menos artificiosa, más directa y más urgida por la que el autor ha expedido las preocupaciones militantes que la circunstancia le va suscitando, los malestares, desdenes y pareceres del escritor y el ciudadano. De lo así movido, los rubros más importantes son tal vez dos. La meditación sobre los deberes del intelectual es uno, sobre su obligación de dar **una versión provocativa, sincera, libre, creadora del país que padece y del prójimo que lo lee**, versión que, como es natural, en Benedetti ha tendido a ser buscada en contenidos realistas, localizados, comprometidos. Pero también tiene significación el del examen de las condiciones de vida del escritor, esas condiciones que fija **una**

**estructura social injusta y frustránea y que le permiten llegar a la literatura pero en camilla.**

Nutrido por una sólida y metódica cultura literaria, esencialmente moderna, no es, en cambio en Benedetti, pareja a ésta, la histórica, filosófica, económica o social. En tal sentido (aún soslayando una reciente y áspera polémica) puede decirse que sus enfoques ensayísticos son sustancialmente (y etimológicamente) “ingenuos”. De esa calidad directa, primigenia, sin embargo, es que puede pensarse que adquieren su valor, siempre que se les tome por el penetrante, límpido testimonio personal que son y aunque por más (también) que el reproche de superficialidad que se les ha dirigido nazca de tal condición. Ni “exhaustivos”, ni de “profundidad” abismal, en suma, pero tampoco congregaciones de citas y esfuerzos ajenos.

Con todo esto parece ya estarse aludiendo a su controvertido y exitoso “El país de la cola de paja”. Controvertido y exitoso y, tal vez, no lo uno por lo otro, como es habitual, sino por razones estrictamente independientes entre sí. El libro ha sido uno de los sucesos editoriales de estos años, agotando tirada tras tirada mientras era objeto de una de las críticas más adversas (Adolfo Aguirre González en EL SOL, Ruben Cotelo en EL PAÍS, Ángel Rama en MARCHA, Sarandy Cabrera en EL POPULAR) que una obra importante haya recibido entre nosotros. Y mientras el lector común lo acogía con delicia y veía articulados en él — con humor, con brillo, con persuasión — lo que “él también decía” se le reprochó no tanto su identificación con los puntos de vista de la pequeña burguesía oficinista, desorientada, perpleja, como la tácita extensión de ellos a nuestra población nacional como un todo. También se le enrostró la falta de jerarquización de los problemas y de los síntomas y la confusión entre unos y otros, y la atención desmesurada a algunos de carácter claramente epidérmico o fútil, o corolario (la ya famosa etiología de **los pitucos** es un caso). Más en general, la índole impresionista, la excesiva superficialidad, la ligereza de buena parte de sus inferencias y la correlativa elusión de todo calado hacia estructuras, de toda visión de totalidades. Y aún la escasa formación política, económica o social que a ratos se mostraba (tal en la idea de las clases) y el carácter eticista, peyorativamente “idealista” de casi todos sus enfoques y soluciones, rematados con el epifonema de **hagamos de la decencia nuestro folklore**. Otras incriminaciones cargaron tintas ideológicas muy notorias. Se le reprochó a la vez su inquina a la gran prensa y las alusiones a los contactos del tirano Batista con el comunismo; se llegó a identificar en él al “pequeño burgués” escandalizado por la corrupción política y los excesivos reclamos obreros, proclive a la seducción de ciertas formas rampantes de fascismo. Y se dijo — o se pudo decir — del peligro de inventar una “psicología del uruguayo” y nutrirla con rasgos tan discutibles o secundarios como el de ser **criticones, guarangos, pícaros y faltos de pasión**; se dijo — o se pudo decir — del apuro por hacer rasgos nacionales fenómenos tan genéricos y mundiales como el dominio de la prensa por los poderes del dinero y la presión de las grandes potencias o erigir en cifra del país esa mala

conciencia, esa **cola de paja** que cuelga siempre (y no se sabe dónde no) que haya un contraste notorio entre la realidad y los ideales más limpios que una colectividad, en algún momento, se haya fijado.

Suscribiría el autor de esta noticia muchas de esas críticas: no quiere escamotear su opinión detrás de un recuento, pero se adheriría menos a otras o, tal vez, a las convicciones en que otras descansan. Al carácter subjetivista, estrictamente personal y alegadamente superficial de los enfoques, por ejemplo, objeción fundada en la blindada convicción de que hay que atender a “las infraestructuras” (el feudalismo agrario, el capitalismo y el imperialismo, claro) y aún a la creencia, un si es no es cándida y arrogante, de que hay métodos “científicos”, probados, para hacerlo. Y también a que el análisis de Benedetti sea superfluo y a que la ligereza bien humorada no tenga nada que hacer en el asunto. En realidad: si lo que se quiso y quiere es otro libro y otro Benedetti la tarea correctora puede resultar infinita y parece más proficuo enumerar algunas deficiencias que la obra, de acuerdo a su plan, a su perspectiva, pudo haber obviado.

A todas estas andanadas Benedetti ha replicado (bastante más tarde y con la cabeza fría) que no aspiró a hacer obra de sociólogo, ni de economista (para las que no se siente habilitado); ha contestado que si examinó como uruguayo fenómenos universales es porque como tales los tenía en su radio de visión; ha contraatacado que si acentuó la influencia del “factor moral” es porque, contra todo “estructuralismo” más o menos pedante, ese factor moral (y la Revolución cubana cree con razón que lo ilustra) sigue siendo supremamente decisivo. Y si su cultura histórico-social fuera mayor, pudo haber contestado, también, que si su punto de vista fue el de las nuevas clases medias eso no le quita valor sino, por el contrario, se lo agrega, al hacerse portavoz de un sector clasístico de importancia creciente en toda sociedad que marche, o quiera marchar, hacia su desarrollo.

Con todo, es difícil negar o destruir la entidad total de los reproches que al libro de Benedetti se han dirigido y lo gravoso de algunos de ellos. Pues sucede que la responsabilidad en que incurre el escritor, el “intelectual” que sabe que es oído — y en verdad quiere serlo — es de las más serias. Y si goza de “crédito”, si lo tiene, desde la misma raíz del término cuando habla de cualquier materia, ello exige ponerse a una altura que no es la del acierto a medias.

En lo que ha habido acuerdo es en ver a “El País de la cola de paja” como el testimonio de la desazón de la “intelligentsia” mesocrática ante el país, de la insatisfacción de las nuevas promociones dotadas de sentido crítico ante el “Régimen” y los mecanismos que más directamente tienen contactos con el quehacer del intelectual, (lo que también, agréguese, puede rastrearse en la serie “Aquí y ahora”, publicada en MARCHA y anterior al volumen). Las ideas que a este enfrentamiento de Benedetti equipan no son, ciertamente,

complejas: puede decirse que su “izquierdismo”, calificativo genérico del que no parece querer salir, tiene pocos elementos más que su querencia de justicia social y que no ha llegado, en general, a ese cierto plano de problemática que en los países de carácter marginal tiende a trasmutar algunos de sus ingredientes, al tiempo que su fondo liberal, individualista le haga bastante indigerible el comunismo, (por más que urgencias, necesidades tácticas puedan oscurecer esto). La visión, en total, es tan acentuadamente “montevideana” que llega a hacerse notar demasiado la ausencia del país que, más allá de la capital, también existe. Ello, no obstante, le ha dado a Benedetti la intuición de un contraste que, con todos los ajustes necesarios, es sobremanera importante: el de un Uruguay alienado, a espaldas de la dramática América, el de nuestra incurable vocación centrífuga a un continente que, queramos o no, integramos. Ricamente orquestado en “El Paredón” de Martínez Moreno, fue Benedetti, en su generación, el primero en darle plena fisonomía.

Textos posteriores (el de ÉPOCA del 15 de mayo de 1963, especialmente) <sup>(1)</sup> lo muestran en una línea menos diferente de lo que él, con seguridad, piensa y, junto a perspicaces análisis de nuestra realidad política y electoral corren errores tan evitables como el de creer que los políticos del Partido Blanco no disponían antes de 1958 de empleos para distribuir. En verdad, la consideración de nuestras cosas y fuerzas sigue siendo, en ciertos asuntos fundamentales, tan poco matizada, tan abstracta y esquemática como la de pensar Benedetti que todos nuestros partidos, salvo el socialismo y el comunismo, son “derechas” (una convicción que bien se podría, metódica, minuciosamente discutir).

Lo que sí, ni en este ni en el anterior planteo será discutible, es la voluntad de servir, el ingenio permanente y el instinto literario nunca dormido, la bondad soterrada pero evidente, la robusta salud moral, el coraje, el límpido compromiso de quien sabe (pero sigue siéndolo) **lo caro, lo dificultoso, lo engorroso, lo lento, lo ridículo que resulta ser decente en este Uruguay 1963.**

Los textos de Benedetti aquí estampados dan una dimensión tan importante de la ensayística del 45 como fue el ataque a las vigencias literarias oficiales. Incluidos en la serie de MARCHA que denominó “Aquí y ahora” (un título que bien puede ser, con “Mejor es meneallo”, todo un manifiesto estético de su etapa comprometida e inmediateista), fueron también incluidos, en buena parte, en “El país de la cola de paja”. Puede decirse de la literatura oficial u oficialista que era un fenómeno muy limitado, un hecho tan fútil desde el punto de vista literario como del de la política nuestra, nada habituada a manejar imponderables espirituales. Pero, por tenue que fuese su existencia (y hoy es casi inexistente), era el símbolo de lo repudiable con que los escritores, como escritores, se topaban, por lo qué cabe afirmar entonces,

que ni el enfrentamiento fue gratuito ni dejó de ser saludable la rápida, contundente demolición.

“El subsuelo de la calma” es el título de uno de los capítulos de “El país de la cola de paja”, pero el material es distinto. De “Más o menos nativistas” hay párrafos en “La cultura es pocos votos”, parte del libro recién citado. El tercer texto, por último, no ha sido reproducido ni rehecho con posterioridad a su aparición en el semanario MARCHA.

(1) Inserto como epílogo a la 4ª edición de “El País de la Cola de Paja” (1963).